

Una escala de medición del grado de cohesión grupal de tres comunidades extranjeras en el Área Metropolitana de Monterrey¹

A Scale Measuring the Degree of Cohesion in Three Foreign Communities in the Monterrey Metropolitan Area

RESUMEN

Nuestra propuesta consiste en la construcción de una escala para medir el grado de cohesión grupal de las comunidades de extranjeros asentadas en Monterrey. Para el logro de este objetivo se ha realizado un estudio etnográfico, a través de entrevistas en profundidad y observaciones participantes, de tres comunidades de migrantes internacionales (japonesa, china y española), que ulteriormente nos servirán para poner a prueba nuestra escala. Tras la descripción de las características más importantes de estas comunidades, hemos identificado los principales indicadores que nos permitan elaborar un índice de cohesión intragrupal. Además de la comparación entre comunidades, descubrimos la relevancia de las formas de sociabilidad y de las relaciones de poder para explicar los procesos de cohesión de las mismas.

Palabras clave: comunidad, cohesión grupal, sociabilidad, relaciones de poder.

ABSTRACT

Our proposal constructs a scale measuring the degree of group cohesion within communities of foreigners who have settled in Monterrey. To do so, we have carried out an ethnographic study, through in-depth interviews and participant observations, focusing on three international immigrant communities (Japanese, Chinese and Spanish), which will furthermore serve to test our scale. After the description of the main characteristics of these communities, we identified key indicators that allow us to develop an index of intra-group cohesion. In addition to the comparison between communities, we uncovered the relevance of forms of sociability and power relationships explaining the processes of cohesion within them.

Keywords: Community, group cohesion, sociability, power relationships.

* Profesor-investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Regiomontana, Monterrey, Nuevo León, México, jdoncel@yahoo.es y jdoncel@mail.ur.mx

Recibido: 17 de abril / Aceptado: 15 de septiembre de 2013

¹Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “Dinámicas de interacción, integración y conflicto entre comunidades de extranjeros de Monterrey”, del Centro de Estudios Interculturales del Noreste de la Universidad Regiomontana, y financiado por Conacyt.

INTRODUCCIÓN

La llegada de inmigrantes extranjeros a la ciudad de Monterrey (Nuevo León, México) forma parte de un fenómeno globalizador de tendencia creciente e imparable. Más que preocuparnos por las características sociodemográficas de los flujos migratorios, aquí nos centramos en las formas de sociabilidad que surgen entre los extranjeros arraigados en el Área Metropolitana de Monterrey. De este modo, no nos interesa tanto el migrante como sujeto aislado, sino el migrante como generador de una comunidad de connacionales. Es por este motivo que nos referimos a comunidades de extranjeros y no a migraciones de extranjeros, término éste mucho más amplio que el anterior, pues debe incluir a la totalidad de extranjeros emigrados.

Con el fin de dar contenido empírico al abstracto concepto de comunidad y mostrar así diversas variantes, formas y sentidos que ésta puede adoptar, vamos a ubicar a tres de estas comunidades, japonesa, española y china, en una escala que pretende medir el grado de cohesión interna de cada una de ellas. Para ello, antes explicitaremos la importancia de cada uno de los indicadores que hemos considerado para la construcción de esta escala. Así pues, vamos a tratar de ubicar a las comunidades en una escala cuyos polos van desde la máxima integración interna hasta la máxima disolución identitaria – disolución identitaria no tanto en lo que a identidad nacional se refiere, sino en lo que atañe al sentido de pertenencia a una determinada comunidad en un tiempo y un espacio muy concretos.

4

En suma, en este artículo nos proponemos lograr el objetivo de construir una escala de medición de cohesión grupal intracomunitaria aplicable a las comunidades de extranjeros analizadas, para lo que previamente deberemos describir las principales características sociomigratorias de las comunidades de las tres nacionalidades seleccionadas. A partir de esta descripción deberemos poder identificar los principales indicadores que nos permitan construir dicha escala de medición de cohesión grupal intracomunitaria y, finalmente, comparar cuantitativamente los diferentes grados de cohesión grupal existente entre las comunidades de extranjeros analizadas.

Para la selección de las comunidades de extranjeros de nuestro proyecto de investigación mayor, selección que pasó de 18 comunidades en el estudio exploratorio (Doncel, 2011) a 11 en el estado actual de la investigación (Doncel, 2013b), hemos considerado básicamente tres criterios. En este sentido, hemos tratado de que la muestra de migraciones: a) abarque a las más nume-

rosas en la Zona Metropolitana de Monterrey; *b*) procedan de países con diversos niveles de desarrollo socioeconómico; *c*) provengan de países con tradiciones culturales distantes entre unos y otros. Para la elaboración de este artículo y para poner a prueba nuestra escala de medición de cohesión grupal, hemos seleccionado una submuestra de entre las once comunidades que estamos trabajando, siempre respetando los tres criterios mencionados. Así, tenemos tres casos con poblaciones representativas y de tamaño similar en Monterrey,² pero con circunstancias socioeconómicas muy diversas tanto en sus países de origen como en sus comunidades de inmigrantes y con ejemplos de tradiciones culturales muy distantes entre sí –caso de España frente a China y Japón.

Las herramientas metodológicas elegidas para el logro de nuestros objetivos han sido las propias de los estudios etnográficos: la entrevista en profundidad y la observación participante –las observaciones se llevaron a cabo en un importante número de eventos sociales relevantes para la constitución y renovación de las comunidades, eventos tales como la celebración del día nacional, fiestas, encuentros, actividades de asociaciones, etcétera. Además, para contextualizar nuestro objeto de estudio, se ha recurrido a datos cuantitativos extraídos de fuentes estadísticas como el INEGI o el INM, así como a documentos que complementan la información obtenida a partir de nuestros informantes y de nuestras observaciones: notas de prensa, folletos de asociaciones, páginas web, etcétera.

El trabajo de campo fue realizado en dos etapas: la primera, para el estudio exploratorio, durante el primer semestre de 2010; la segunda, a lo largo del primer semestre de 2013. Durante la realización del trabajo de campo, la pauta general del procedimiento en su primer momento consistió en acudir, siempre que fue posible, a los respectivos consulados de cada país incluido en la muestra, de donde pretendimos obtener una primera entrevista orientativa, algunos datos cuantitativos de la comunidad en los que enmarcar los resultados obtenidos y el establecimiento de nuevos contactos.

Más adelante, otros informantes clave fueron identificados por su liderazgo informal dentro de la comunidad, por representar a alguna asociación o institución religiosa de la misma o, al contrario, por ocupar una posición de

² En 2009, 612 españoles, 478 japoneses y 494 chinos estaban registrados en el INM con una forma migratoria vigente para el Estado de Nuevo León (Rodríguez y Cobo, 2012). Como explicamos en otra parte (Doncel, 2013b), la estimación del número de inmigrantes indocumentados y, por tanto, no contabilizados por el INM, debe ser mucho mayor en el caso de la migración china.

conocimiento pero menos involucrada –lo que muchas veces ofrece una visión más rica por su perspectiva liminal, liberado el informante de la lealtad debida al grupo de referencia. Finalmente, se entrevistó a informantes con un grado muy diverso de conocimiento e implicación en la comunidad, a veces un grado prácticamente nulo.

Para cada una de las comunidades analizadas hemos contado, por lo menos, con un informante clave con una visión más global de su grupo de referencia y con varios informantes cuyos testimonios se centran más en su experiencia personal. Así, en el caso de la migración española, tras entrevistar al cónsul general, detectamos y entrevistamos a otros dos informantes clave –presidente de la Fundación Euromex y dueño de un restaurante de comida española que sirve de lugar de encuentro para la comunidad. Además de estos tres informantes clave entrevistamos a otros cinco migrantes españoles con un grado diverso de implicación con su comunidad y con ocupaciones laborales tan heterogéneas como la propia migración española: un maestro universitario, un ama de casa casada con un mexicano y con hijos mexicanos, una religiosa, un empresario y un ejecutivo de ventas.

En el caso de la comunidad japonesa se entrevistó al cónsul honorario de Japón, a un científico social japonés experto en su propia comunidad, al dueño y gerente de un restaurante de comida japonesa donde se reúne parte importante de su comunidad y al representante de la situación laboral que predomina de manera aplastante en esta comunidad: un técnico de alta cualificación enviado temporalmente por una empresa japonesa.

6

Por último, la comunidad china fue la que presentó un mayor hermetismo y una mayor dificultad metodológica, dificultad reflejo tanto de su aislamiento como de su atomización social, como veremos en este trabajo. Dado que no hay un cónsul chino en Monterrey, ni detectamos a ningún líder comunitario, formal o informal, nuestras entrevistas se limitaron a tres mujeres que trabajan en restaurantes de comida china: una de ellas dueña del mismo y a cuatro inmigrantes chinos de segunda o tercera generación, uno de ellos científico social y conocedor de la comunidad. En todo caso, esta muestra refleja la realidad de la migración china de primera generación, caracterizada laboralmente por un predominio absoluto del negocio de la restauración.

En lo que se refiere a la fundamentación teórica que aquí presentamos, dado que los conceptos *comunidad*, *sociabilidad*, *cohesión grupal* y *relaciones de poder* adquieren una importancia esencial para nuestro principal objetivo, comenzamos dedicando algunas páginas a tratar de dilucidar, apoyándonos en al-

gunos teóricos que se han preocupado por estos conceptos, los significados de los mismos que nos permitan disponer de nociones operativas, bien definidas y acordes a los intereses particulares de nuestra investigación.

FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

Si partimos de la clásica división que Tönnies (1979) ideó para distinguir a la comunidad (*Gemeinschaft*) de la asociación (*Gesellschaft*) en el sentido de que aquella se basa en un entendimiento comunitario que se da por descontado y que no precisa ser buscado y de que ésta se basa en un consenso adquirido tras una serie de negociaciones y compromisos (Bauman, 2006), el caso de las comunidades de extranjeros que residen en una gran ciudad parece tener que ubicarse a medio camino de ambos conceptos. En este sentido, el substrato cultural común, el entendimiento mutuo, el lenguaje y el metalenguaje que en muchas ocasiones comparten, entre otros, nos acercan claramente al concepto de *Gemeinschaft*. Por otra parte, los acuerdos alcanzados necesariamente de manera negociada para la construcción de la comunidad en un medio culturalmente extraño nos recuerda más al concepto de *Gesellschaft*. Dicho de otra forma, en este caso encontramos un proceso de construcción comunitario, un producto con proyección futura –lo que le da un componente propio de la *Gesellschaft*– y, por otra parte, un pasado común –al margen de si existe o no conocimiento interpersonal previo– que une y que supone la base esencial para la reelaboración de la comunidad nacional o étnica en el extranjero.

En nuestro caso debemos manejar un concepto de comunidad menos idealizado, más flexible y más operativo para nuestros fines particulares, pues es claro que la búsqueda de una comunidad en el caso del migrante que debe adaptarse a un medio cultural nuevo y extraño adquiere una dimensión material. Es por ello que debemos manejar tanto el concepto ideal y utópico de comunidad como el operativo. Como explica Bauman (2006) la idea de comunidad produce sensaciones placenteras, confort, relax, entendimiento, confianza, ayuda, etcétera, todo ello frente a un “afuera” que se percibe como peligroso u hostil. En la misma línea, Villoro (2003: 29) afirma que “la idea de comunidad permanece como un ideal por alcanzar [...] Permanece como un ideal de convivencia que orienta y da sentido a los usos y costumbres locales aunque no se realice plenamente”.

Si vamos más allá de la ilusión y anhelos del individuo y aterrizamos sobre los procesos de constitución de comunidades reales –y por tanto imperfectas

y de límites borrosos—, mucho más útiles nos pueden resultar conceptos como *comunidad percha*³ o *comunidades de elección*.⁴ Con estos conceptos se supera la imagen de la comunidad como aspiración o como adscripción necesaria —por nacimiento. Es decir, el individuo tiene un amplio margen de maniobra para pertenecer o no a su comunidad de connacionales, para determinar su grado de compromiso o de implicación, para asociarse a comunidades de otras nacionalidades, para decidir volcarse en la sociedad de acogida e ignorar la presencia de compatriotas en la ciudad, etcétera.

Entonces, aquí podemos superar, por ejemplo, requisitos como el que mencionaba Rendfield (1971), según el cual entre todos los miembros de la comunidad debe darse un conocimiento interpersonal. Aunque en lo que consideramos el “núcleo duro” de la comunidad sí se debe dar este reconocimiento personal; el hecho de que un extranjero no conozca personalmente a sus compatriotas, no supondrá una exclusión definitiva en términos metodológicos. En esta línea se expresa Heller cuando afirma que no son imprescindibles las relaciones *face-to-face* para que haya comunidad. Igualmente, Anderson (2011: 21), tras definir a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”, señala el hecho de que aunque los miembros de esta comunidad no se conocen personalmente, en la mente de cada uno está presente la imagen de su comunión.

En definitiva, el hablar de “comunidades” significa que nuestro interés está enfocado hacia aquellos que se sienten miembros de un colectivo huma-

8

³ Bauman considera que la búsqueda de este tipo de comunidades es la respuesta recurrente del hombre contemporáneo. Así pues, estas comunidades se caracterizan por su volatilidad y por construirse a partir de las necesidades del hombre actual, desorientado y solo:

La vulnerabilidad de las identidades individuales y la precariedad de la construcción de identidades en solitario mueven a los constructores de identidades a buscar perchas de las que poder colgar conjuntamente los temores y ansiedades que experimentan de forma individual [...] El que tales ‘comunidades percha’ proporcionen o no lo que se espera de ellas [...] es discutible; pero no cabe duda de que [...] puede proporcionar un momentáneo alivio de la soledad (Bauman, 2006: 10).

⁴ Respecto a las *comunidades de elección*, Heller considera que, a diferencia de las *comunidades naturales*, caracterizadas por la adscripción por nacimiento de sus miembros: “tienen una función completamente diversa en la estructura social aquellas comunidades que no surgen del interés de la vida material de la sociedad sino de las necesidades de la actividad política y/o del desarrollo de la individualidad” (Heller, 2002: 134). Desde una perspectiva historicista con clara influencia del marxismo, Heller afirma que:

Sólo en el periodo de decadencia de las sociedades tradicionales, cuando los vínculos de las comunidades tradicionales se aflojaron, cuando éstas ya no ofrecían al particular una seguridad suficiente y un punto de partida válido para su orientación, surgieron o adquirieron importancia las comunidades de *elección* [...] Desde la aparición de la sociedad capitalista el hombre dejó de ser un ser comunitario por nacimiento [...] Cuando después las comunidades existen [...] son todas, sin excepción, objeto de libre elección (Heller, 2002: 141-142).

no unido por una nacionalidad o una cultura común y que actúan en consecuencia; es decir, aquellos que interactúan, que se reconocen entre ellos y que crean comunidad. Aunque no excluimos a los más “individualistas” o “dispersos”, sí priorizamos a los individuos con mayor grado de interconexión. Para fundamentar este enfoque nos apoyamos tanto en la importancia que Barth (1976) otorga a los procesos de autoadscripción o adscripción por otros para regular las relaciones interétnicas, como en la definición que nos ofrece Max Weber, según la cual “llamamos comunidad de una relación social, cuando y en la medida en que [...] se inspira en el sentimiento subjetivo –afectivo o tradicional– de los participantes de construir un todo” (Weber, citado por Villoro, 2003: 25).

Partiendo de la centralidad de este “sentimiento subjetivo” para la delimitación conceptual de lo que entendemos por comunidad, podemos sentar la base para el contenido que vamos a dar a otro concepto clave para nosotros: la *sociabilidad*. Para ello nos apoyamos en el sentido que Simmel (2003: 84) da a este término cuando escribe: “designo la sociabilidad como la *forma lúdica de la socialización*”. Entendiendo el juego en un sentido amplio, como forma de interacción que trasciende los meros intereses materiales entre los actores sociales, Simmel (2003: 81) afirma que: “se produce de una manera tal vez del mayor alcance este giro de eje –de la determinación de las formas de vida por su materia hacia la determinación de su materia por las formas elevadas a valores definitivos– en todo lo que llamamos *juego*”.

En la siguiente cita, este autor explicita lo que debemos entender por sociabilidad: una forma de socialización que va más allá de “los intereses individuales” y que asienta sus raíces en el sentimiento subjetivo que produce en el actor social, sentimiento que este autor denomina aquí “satisfacción por el hecho de estar socializado” o “una forma de felicidad”. Esta distinción entre lo lúdico y lo laboral nos será especialmente útil para construir nuestros indicadores y medir su influencia en los procesos de sociabilidad intracomunitaria, pues, como veremos en el cuerpo del trabajo, el tiempo de ocio y el laboral están claramente distinguidos –lo que no obsta para que de las relaciones laborales “interesadas” se desprendan formas de sociabilidad que van más allá de lógica utilitaria del trabajador:

Este proceso se realiza también en la separación de lo que llamé contenido y la forma de la existencia social. Lo que en ésta es propiamente la “sociedad” consiste en el estar uno con otro, uno para otro y uno contra otro por medio de los cuales los

contenidos e intereses individuales experimentan una formación o fomentación a través del impulso o la finalidad. Estas formas adquieren ahora una vida propia, se convierten en ejercicio libre de todas las raíces materiales, que se efectúa puramente por sí mismo y por el atractivo que irradia esta libertad; este fenómeno es el de la sociabilidad. Seguramente es el resultado de necesidades e intereses específicos si los seres humanos se juntan en asociaciones de culto o bandas de ladrones. Pero, más allá de estos contenidos concretos, todas estas socializaciones van acompañadas de un sentido por ellas, de una satisfacción por el hecho de estar socializado [...] El ‘impulso de sociabilidad’, en su actividad pura, desprende de las realidades de la vida social el puro proceso de socialización como un valor y una forma de felicidad, y a partir de ellos constituye lo que llamamos sociabilidad en sentido más estricto (Simmel, 2003: 82).

También en consonancia con la distinción hecha por Weber (1969: 33) entre *comunidad* y *sociedad*, por cuanto aquella “se inspira en el sentimiento subjetivo [...] de los partícipes de constituir un todo” mientras que la *sociedad* “se inspira en una compensación de intereses por motivos racionales (de fines y valores)”, para los objetivos de nuestra investigación será más operativo el concepto de *cohesión grupal* que el de *cohesión social*, pues éste no incide tanto en el sentimiento subjetivo de pertenencia o en la autoadscripción del individuo como en los niveles alcanzados de consenso y en el grado de igualdad socioeconómica medible a partir de la consideración de variables macroeconómicas.

10

Volviendo con Simmel, autor que considera “las formas de la socialización [...], solo ellas, el objeto de la sociología” (Watier, 2005: 38), leemos cómo la socialización y la sociabilidad, contenida en ésta: “es la forma que se realiza de incontables maneras diferentes en las que va creciendo la unión de los individuos en razón de aquellos intereses sensitivos o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que empujan causalmente o arrastran teleológicamente y que se realizan dentro de esta unión” (Simmel, 2003: 78-79).

Esa “unidad” que resalta Simmel es lo que queremos también nosotros subrayar para fundamentar nuestro concepto de cohesión grupal. Dado que el concepto de cohesión grupal ha sido trabajado más desde el campo de la psicología social, nos apoyaremos en la definición que desde esta disciplina nos ofrecen Carron, Brawley y Widmeyer (1998: 213), autores según los cuales la cohesión grupal consiste en “un proceso dinámico que se refleja en la ten-

dencia del grupo a mantenerse y permanecer unido en la búsqueda de sus objetivos instrumentales y/o para la satisfacción de las necesidades afectivas de los miembros”. Así pues, sintetizamos con esta definición los elementos axiales a los que deberemos prestar atención: satisfacción de necesidades afectivas, objetivos instrumentales y tendencia a la unidad.

Por último, también debemos considerar el papel que el ejercicio del poder juega en esta “tendencia a la unidad” al interior de las comunidades analizadas. En este caso tenemos que superar la concepción vertical que propone Weber (1969: 43) cuando define el poder como “la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”. Para considerar el rol cohesionador del poder, ya sea institucionalizado y vertical o disperso y horizontal, más útil nos resultará la concepción reticulada que Foucault nos ofrece de las relaciones de poder:

El poder es coextensivo al cuerpo social; no hay entre las mallas de su red playas de libertades individuales [...] Las relaciones de poder son intrínsecas a otros tipos de relación (de producción, de alianza, de familia, de sexualidad), en las que juegan un papel a la vez condicionante y condicionado [...] [Las relaciones de poder] no obedecen a la forma única de lo prohibido y el castigo, sino que tienen formas múltiples [...] Las relaciones de poder ‘sirven’, en efecto, pero no porque estén a ‘al servicio de’ un interés económico dado como primitivo, sino porque pueden ser utilizadas en sus estrategias [...] No hay relaciones de poder sin resistencias, [y] éstas son tanto más reales y eficaces en cuanto se forman en el lugar exacto en que se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no debe venir de afuera para ser real, no está atrapada porque sea la compatriota del poder (Foucault, 1997: 82).

11

En esta misma línea de pensamiento, coincidimos con Sieglin (2008: 45-46) cuando afirma que “el poder no siempre se ejerce por medio de canales institucionalizados ni tampoco se restringe a la relación entre grupos y clases sociales diferentes. Con Foucault se puede agregar que el poder estructura la relación entre todos los sujetos por medio de la construcción de diferenciaciones capilares”.

Así pues, habremos de tener en cuenta tanto las imposiciones del poder establecido como las resistencias que esto genera. En nuestra propuesta deberemos considerar cómo la existencia de una estructura de poder condicio-

na el grado de cohesión grupal de las comunidades analizadas, pero sin perder de vista el impulso individualizador que aleja al sujeto de la comunidad, pues, como explica el propio Foucault (1997: 77), “hay siempre algo en el cuerpo social, en las clases, en los grupos, en los individuos mismos, que escapa en cierto modo a las relaciones de poder; algo que no es la materia primera más o menos dócil o reacia, sino que es el movimiento centrífugo, la energía inversa, la escapada”.

Además de los sujetos que tienden a escapar del centro de su grupo de referencia, ya sea los que llamamos migrantes “aventureros” o los que “desertan” de la comunidad, también debemos considerar a los que, sin alejarse de la comunidad, se resisten a aceptar las imposiciones del poder dominante y/o proponen sus propios modelos. Respecto a la relación dialéctica establecida entre grupos antagónicos y las reacciones en el interior de las comunidades, Sieglin nos explica cómo:

En vista de que la producción discursiva es permanente, caótica e inmensa y hace emanar en cada momento discursos rebeldes y combativos que tienen potencialmente la capacidad de poner en entredicho las orientaciones de acción establecidas y que, además, pueden poner en peligro la cohesión social dada, las comunidades socioculturales han desarrollado mecanismos de control discursivo que actúan tanto desde el exterior sobre los discursos como desde su interior (Sieglin, 2008: 15).

12

INDICADORES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ESCALA DE COHESIÓN INTRACOMUNITARIA

Antecedentes empíricos respecto a la construcción de comunidades de inmigrantes

La primera aproximación al fenómeno de la migración y su adaptación a su nuevo contexto urbano la encontramos en los trabajos de la Escuela de Chicago, considerada la iniciadora de la sociología de la inmigración (Tshitshi, 2011). No obstante, el enfoque predominante de los autores que construyeron esta escuela no se adecúa a nuestro objetivo, ya que se centra en analizar el comportamiento del migrante al insertarse en la nueva sociedad, priorizando el estudio de “las relaciones entre individuos y comunidades y sus efectos de las mismas sobre la configuración de la ciudad en todos sus aspectos” (Tshitshi, 2011: 12). Recordemos que, aunque en posteriores trabajos desarrollamos el

modo en que las diferentes migraciones de Monterrey se relacionan con la sociedad de acogida (Doncel, 2013a), en este artículo pretendemos únicamente analizar los elementos que contribuyen a cohesionar o disolver las comunidades, sin entrar a considerar la relación de éstas con la sociedad más amplia.

Así pues, la Escuela de Chicago se preocupó más por la relación entre la inmigración y su proceso de adaptación y conflicto con la sociedad urbana en la que se inscribe (Park y Burgess, 1967), y no tanto en la configuración de estas comunidades aisladamente de su contexto más amplio. Sólo el trabajo de Wirth (1973) se focaliza en este último aspecto. Como señala Aramburu (2000: 7), “en el marco de la Escuela de Chicago, Wirth fue el primero en hacer un estudio exhaustivo del gueto, en su caso del gueto judío de Chicago, al que presentaba como una concentración voluntaria inscrita en el orden natural del comportamiento de ‘las comunidades de inmigrantes’”. No obstante, también el análisis de Wirth está marcado por la posición relativa de la comunidad judía en el contexto social más amplio, y no es un estudio de la comunidad en sí misma.

Como escribe Aramburu: “para Wirth lo esencial del gueto era el carácter voluntario y casi instintivo de la autosegregación de las minorías, la voluntad de reproducir una cultura y una comunidad, y eso hacía posible extender el término a otros grupos urbanísticamente segregados” (Aramburu, 2000: 44). Mucho más adelante, Wacquant (2004: 72) revisará la conceptualización que Wirth realiza del gueto, pero siempre desde una perspectiva relacional, entendido como instrumento de encierro y control y como “forma especial de violencia colectiva concretizada en el espacio urbano”.

En todo caso, a pesar de que Wirth realiza su investigación desde una perspectiva *emic*, con metodología cualitativa y sin buscar indicadores cuantificables de cohesión grupal, en su obra clave, *El gueto*, sí podemos encontrar la pista de un indicador que nos sirva para nuestros objetivos: la solidaridad interna. En este sentido, Wirth es considerado el “instaurador del modelo del gueto como espacio de solidaridad que proporciona seguridad y refugio a los ‘no asimilados’ en el sistema urbano. Así, [Wirth] decía del habitante del gueto que ‘sin el apoyo de su grupo, sin la seguridad de que disfrutaba en su círculo íntimo de amigos y paisanos, la vida hubiera sido insoportable’” (Aramburu, 2000: 65).

Más allá de la Escuela de Chicago, con los trabajos de autores europeos que, en los años ochenta, trataron de explicar la evolución del asentamiento de la inmigración en las principales ciudades de este continente, se realiza un análisis más exclusivo de estos asentamientos –siempre circunscritos a un

determinado territorio. Como explica a continuación Tshitshi, ciertas variables como sexo, edad, nivel económico... son consideradas aisladamente como importantes factores que determinan la conformación de comunidades de inmigrantes en la ciudad:

En Francia, por ejemplo, algunos autores (Guillon y Taboada-Leonetti, 1986; De Rudder, 1987; Taboda-Leonetti, 1987), a través de un estudio sobre tres barrios de París demostraron que las reacciones de rechazo, indiferencia, solidaridad y ayuda mutua se manifiestan siempre alrededor de retos económicos y simbólicos diferenciados (empleo, vivienda, y competición por el espacio público y residencial). También estos autores han demostrado que las interacciones no ponen en relación abstracciones (Francia y los inmigrados), sino actores diferenciados por la nacionalidad, el sexo, la edad, el nivel económico, el recorrido social o la trayectoria de migración (Tshitshi, 2011: 14-15).

14 Como señalábamos en el apartado dedicado a la fundamentación teórica, desde la psicología social son más frecuentes los estudios que tratan de sistematizar las variables que inciden en el grado de cohesión grupal. Tal es el caso que expone Corraliza, según el cual, en el “informe de investigación sobre las características de residentes en poblados chabolistas en Asturias (Aragonés, Corraliza y Muñiz, 1991) [...] se registra un alto nivel de cohesión grupal (basado en lazos de parentesco, de procedencia geográfica y otros) entre los pobladores de estos asentamientos, obteniéndose que el apego al lugar y a la red social son dos de los elementos más importantes para definir su nivel de satisfacción” (Corraliza, 1996: 60). Por su parte, Navas introduce el factor “liderazgo”, lo que nos vincula directamente con la importancia de las relaciones de poder, cuando explica que:

La cohesión grupal es el grado de unidad que muestran los integrantes del grupo. Las conductas del líder aumentan la cohesión cuando consiguen que la participación en el grupo sea atractiva, cuando aseguran la satisfacción de las necesidades de los integrantes, cuando crean expectativas de recompensas futuras por el simple hecho de pertenecer al grupo o cuando convencen a los integrantes de la importancia de la interdependencia para conseguir los objetivos. Además de las conductas del líder, otros factores pueden influir en la motivación y en la cohesión intragrupal. Entre ellos destacan la aceptación del objetivo grupal por parte de los integrantes y la naturaleza de la tarea (Navas y Molero, 1996: 707).

Otro ejemplo de análisis de indicadores para medir la cohesión grupal es el que propone Rosas (2001), aunque se trata de indicadores de orden más psicológico y psicosocial que sociológico o antropológico –atracción entre los miembros del grupo; atracción hacia el grupo; motivación de los miembros para trabajar en el grupo; coordinación de esfuerzos para obtener el logro de los objetivos comunes del grupo.

Propuesta de indicadores para medir la cohesión grupal de las comunidades analizadas

Una vez revisados los antecedentes empíricos que contextualizan y sustentan nuestra propuesta, ubicaremos a algunas de las comunidades de extranjeros de Monterrey en una escala que nos permita conocer cuál es el grado de cohesión interna que presentan, siempre desde una perspectiva relacional o comparativa en el contexto de nuestra muestra específica de comunidades.

Antes de tratar de medir el grado de cohesión interna de las comunidades analizadas, hemos de identificar y explicar los principales indicadores que componen esta escala, para así ofrecer un instrumento conceptual en el que ubicar casos empíricos en función de sus tendencias hacia la mayor o menor cohesión. Pasemos, pues, a explicar dónde radica la importancia de cada uno de los indicadores seleccionados:

a) Existencia de asociaciones o instituciones aglutinadoras de connacionales:

15

Este es uno de los indicadores más significativos para considerar el grado de elaboración comunitaria, por cuanto representan la consolidación efectiva y oficial de un colectivo humano en torno a una identidad étnica, y orientados al logro de un objetivo común. Bajo este rubro debemos ubicar asociaciones e instituciones de diversa naturaleza, siendo el común denominador de las mismas que sirvan de lugar de encuentro de los inmigrados connacionales y que supongan la formalización de redes de ayuda entre los mismos. Así, aquí deberemos considerar tanto asociaciones civiles como instituciones religiosas, siempre y cuando cumplan con los dos requisitos expuestos. También incluiremos aquí empresas multinacionales que envían a sus compatriotas por un tiempo determinado para realizar sus servicios y que cumplen también con una importante función proteccionista y de apoyo con sus empleados connacionales.

b) Existencia y frecuencia de lugares y tiempos de reunión de connacionales:

El hecho de que los connacionales inmigrados se reúnan con cierta frecuencia, para sociabilizar y para reproducir pautas culturales de la sociedad de origen, debe ser visto como la antesala de la consolidación de la comunidad que representa la articulación de estos encuentros en torno a las asociaciones o instituciones aglutinadoras a las que nos acabamos de referir. Tanto en el caso de asociaciones e instituciones como en el de las reuniones informales, deberemos considerar en todo momento el número de participantes, la frecuencia de los encuentros, su finalidad, las actividades que se realizan en los mismos, etcétera. En el caso de las reuniones informales también es importante considerar el carácter del lugar de las reuniones, público o privado, pues creemos que el hecho de reunirse en un lugar público, con libre acceso a todos los connacionales y no sólo a los que son considerados amigos, supone un salto cualitativo hacia la constitución de una asociación y, en consecuencia, hacia la consolidación de la comunidad. Se trata, pues, de un paso significativo que va desde la interacción de carácter personal hasta la interacción colectiva, siendo que en esta última el colectivo presenta ya una clara vocación de trascender al individuo; es decir, que aquí podemos empezar a pensar que el colectivo tiene una pretensión de supervivencia al tránsito de los individuos particulares que lo componen coyunturalmente.

16 c) Existencia de redes de ayuda que generan lazos de solidaridad intracomunitario:

Idéntico razonamiento al del caso de las reuniones informales debemos aplicar a la existencia de relaciones informales de apoyo o ayuda entre connacionales pues, de la misma forma que en el punto anterior, estas relaciones de ayuda pueden llegar a ser formalizadas a través de una asociación o institución aglutinadora. Además, también debemos graduar los diferentes tipos de ayuda, pues no se genera el mismo lazo ni se traduce en la misma solidaridad intragrupal, por ejemplo, la acción de facilitar información sobre el nuevo contexto sociocultural al inmigrante recién llegado que el ofrecimiento de alojamiento o de apoyo económico en caso de necesidad. Asimismo, también debe ser tenido en cuenta el grado de sistematización, la frecuencia y el carácter personal o impersonal de la ayuda, pues sólo podremos hablar con propiedad de una red de ayuda cuando el apoyo es brindado de

manera sistemática y al margen del conocimiento personal previo del inmigrante sujeto de la ayuda.

d) Grado de concentración de los lugares de residencia en el espacio urbano:

El hecho de que exista una marcada tendencia a residir de manera concentrada en ciertas áreas del espacio metropolitano es también indicador de una pulsión gregaria que trae como resultado una convivencia y una cotidianidad entre los miembros de un colectivo humano que, sin duda, contribuye a reforzar los lazos y las identidades sociales. En el caso de que exista, efectivamente, cierto grado de concentración residencial en el espacio urbano, debemos distinguir claramente si esta tendencia es intencional, casual o inducida.

e) Grado de concentración en torno a ámbitos profesionales y/o a lugares específicos de trabajo:

Cuando escribimos acerca de la importancia de la concentración residencial en el espacio urbano de carácter inducida, nos referimos principalmente a todas aquellas comunidades en las que predomina la migración volátil (Doncel, 2011); esto es, las comunidades compuestas principalmente por extranjeros enviados por empresas multinacionales que tienen su matriz en su país de origen. La importancia de esta variable viene dada por el hecho de que durante el trabajo de campo hemos podido comprobar que el carácter paternalista de estas empresas se expresa, entre otras cosas, en la elección sistemática de la residencia de sus empleados, lo cual empuja a que se concentren espacialmente en cierta área urbana y, en último término, a que sus dinámicas de relación estén fuertemente determinadas por este hecho. Así, la coincidencia de ser extranjeros en Monterrey y, además, colegas de trabajo y vecinos de sus connacionales representa un dato que debe ser contemplado como claro indicador que conduce hacia la intensificación de las relaciones intracomunitarias.

Más allá de la coincidencia en una misma empresa, que lógicamente implica una coincidencia en el área profesional, hemos encontrado casos significativos en los que se da esta última condición, pero no la primera. Es decir, el hecho de que ciertos compatriotas comparten una misma área profesional, pero en diferentes empresas. Aunque en estos casos el vínculo profesional no es tan fuerte como el que se forja entre compañeros de trabajo, éste es un

indicador que con menor intensidad también contribuye a delinear los subgrupos dentro de una comunidad. Hasta tal punto puede influir la tendencia a congregarse entre compañeros de profesión que esto puede llegar a generar puntos de fractura en la cohesión interna de la comunidad. También podemos ampliar aún más el área de influencia del núcleo laboral para la construcción de los diferentes grupos de relación hasta el nivel más genérico de “status socioeconómico”, pues también influye en el inmigrante extranjero la coincidencia o disimilitud de status a la hora de articular sus relaciones sociales.

BREVE DESCRIPCIÓN DE LOS INDICADORES SELECCIONADOS APLICADOS A TRES CASOS EJEMPLARES DE COMUNIDADES DE EXTRANJEROS⁵

La comunidad japonesa

a) Existencia de asociaciones o instituciones aglutinadoras de connacionales:

18

Ubicada en Monterrey, la Asociación México Japonesa del Noreste, A. C. está principalmente conformada por descendientes de japoneses (denominados *nikkei*), por lo que no puede ser considerada plenamente como organización integradora de la comunidad a la que nos estamos refiriendo, conformada exclusivamente por migrantes de primera generación. La participación del grueso de la comunidad japonesa –los que son enviados por empresas multinacionales japonesas– es prácticamente nula. Sólo algunos de los migrantes de primera generación que denominamos “aventureros” trabajan en esta asociación, impartiendo alguna de las actividades que ésta ofrece: idioma japonés, *aikido*, *karate*, *origami* e *ikebana*.

Por otra parte, el hecho de que los migrantes de primera generación no constituyan su propia asociación puede ser explicado parcialmente por dos características de esta comunidad, sobre las que vamos a incidir más adelante: el proteccionismo y papel activo de las empresas en la organización de los tiempos laboral y de ocio de sus empleados, y la corta temporalidad de la migración “empresarial”, con lo que prácticamente ninguno de estos migrantes contempla la posibilidad de quedarse a radicar definitivamente en Monterrey. En todo caso, respecto al grado de activismo comunitario de los japone-

⁵ La descripción detallada de estas tres y de las otras ocho comunidades analizadas se pueden consultar en el reporte de investigación, hasta la fecha inédito (Doncel, 2013b).

ses de primera generación, debemos destacar la existencia de la revista *Kakehashi*, elaborada por estos inmigrantes.

b) Existencia y frecuencia de lugares y tiempos de reunión de connacionales:

A partir del proteccionismo de las empresas en las que laboran la mayor parte de los inmigrantes japoneses de primera generación, podríamos pensar que deberían aparecer los tiempos y espacios de ocio facilitados por estas empresas para sus empleados, pero lo cierto es que en este terreno –el del desarrollo social y familiar– no suelen entrar las empresas o, incluso, éstas pueden llegar a suponer un obstáculo.

Es importante señalar que, al igual que en el caso de las otras migraciones orientales analizadas en nuestro estudio más amplio, Corea del Sur y China, la cultura del trabajo absorbe la mayor parte del tiempo del emigrado. No obstante, más allá del influjo y dirección de las relaciones sociales a cargo de las empresas, durante el trabajo de campo se pudo constatar cómo la comunidad celebraba regularmente *carnes asadas*, constituyendo un lugar de encuentro de migrantes japoneses de todos los subgrupos laborales: empleados de empresas multinacionales japonesas, académicos, restauranteros, etcétera.

Otra importante manifestación dentro del tiempo recreativo dedicado a la convivencia intragrupal es la organización de actividades deportivas. En este sentido, la práctica del fútbol se ha convertido en otro destacado factor aglutinador, contribuyendo a dinamizar y diluir los límites sociales que separan a unos subgrupos de otros, aunque también están sirviendo para estrechar los límites que separan a la comunidad de la sociedad de acogida.

Mención aparte merece la práctica del golf, juego en el que la interacción se lleva a cabo entre muy pocos y selectos individuos. Si bien es cierto que se trata de otro deporte muy practicado por los inmigrantes japoneses en Monterrey, este gusto debe entenderse sobre todo como una estrategia que responde más a una lógica empresarial que como esparcimiento y espacio de ocio de socialización desvinculado del ámbito laboral. Por dichas razones, la función socializadora de este deporte debe ser vista desde un prisma diferente que en el caso del fútbol, pues aunque también la práctica del golf tiene su función social, ésta responde a una lógica y a unos objetivos diferentes.

c) Existencia de redes de ayuda que generan lazos de solidaridad intracomunitario:

Más que redes informales de ayuda, dado el carácter paternalista de las empresas donde labora la mayor parte de la comunidad, lo que existe es un sistema de protección que cubre todas las posibles eventualidades que debe afrontar cualquier migrante. Este colectivismo organizado no dejar nada a la improvisación, por lo que no se hace necesario la creación espontánea de mecanismos de apoyo mutuo.

d) Grado de concentración de los lugares de residencia en el espacio urbano:

Aunque no existe una concentración residencial que llegue al punto de poder hablar de un barrio japonés, lo que sí es cierto es que el elevado status y la necesaria sujeción a las disposiciones de la empresa hacen que la tendencia se oriente claramente hacia la ocupación de espacios cercanos y de similar nivel socioeconómico –casi exclusivamente en el elitista municipio de San Pedro. En el caso de los pocos integrantes “periféricos” de la comunidad, los que no laboran en las empresas multinacionales, sus pautas para la elección de su vivienda son mucho más aleatorias, aunque marcadas en gran medida por la cercanía con el lugar de trabajo.

e) Grado de concentración en torno a ámbitos profesionales y/o a lugares específicos de trabajo:

20 El grueso de la comunidad japonesa –de primera generación, que es la que nos interesa en nuestro estudio– está compuesto por trabajadores de las más de sesenta empresas multinacionales, trabajadores enviados por su matriz en Japón a sus divisiones en Monterrey.⁶ Las características básicas de este colectivo que nos interesa resaltar aquí son que se trata de migrantes de alto status socioeconómico, pues son enviados como directivos o como técnicos altamente cualificados, y que su estancia migratoria en México es limitada, pues son enviados por un número determinado de años, nunca más de cuatro. El hecho de que compartan un mismo campo profesional, que formen parte de una misma empresa y que en sus expectativas migratorias no esté presente la expectativa de arraigarse en la sociedad de acogida, representan el caldo de cultivo perfecto para la reproducción de unas dinámicas de interacción marcadas por el ensimismamiento.

⁶ Según el registro del Consulado de Japón en México, en octubre de 2011 había en Nuevo León registradas 67 compañías creadas y operadas con capital japonés.

En este punto también debemos considerar la cultura empresarial japonesa, según la cual la lealtad y la entrega del trabajador debe ser casi absoluta, lo cual exige de la empresa, en contrapartida, una actitud de proteccionismo y paternalismo que se traduce en una estricta atención de sus trabajadores como colectivo en las áreas de salud, educación, residencia, entre otros. Al facilitarles a todos ellos, gregariamente, educación, vivienda..., la interacción social con sus compatriotas y compañeros de trabajo se convierte, casi obligadamente, en la única interacción social posible. De este modo, la parcela de la vida social ocupada por el espacio laboral se convierte en el eje de su sociabilidad, apareciendo el núcleo laboral como principal polo de atracción, punto de encuentro que justifica y condiciona la forma y dirección de las dinámicas sociales internas de la comunidad.

La comunidad española

a) Existencia de asociaciones o instituciones aglutinadoras de connacionales:

Para el caso de la migración española, en la actualidad existen dos asociaciones que podrían constituir un importante espacio de vinculación comunitaria: el Centro Asturiano Español de Monterrey y la Fundación Euromex. No obstante, es importante señalar que la primera está en claro proceso de desaparición, mientras que la segunda está en estado de gestación y, por tanto, de futuro incierto. Veamos brevemente algunas de las características de ambas experiencias colectivas.

El Centro Asturiano de Monterrey no puede ser considerado unilateralmente como factor aglutinador, pues sólo sirve de punto de encuentro para un pequeño sector de la comunidad, compuesto por antiguos inmigrantes, de mediana o avanzada edad, arraigados e integrados plenamente a la sociedad regiomontana. Así, aunque hasta hace poco tiempo realizaban reuniones periódicas en las que se trataba de reproducir, aunque fuera momentáneamente, hábitos culturales de su país de origen, su tendencia era marcadamente endogámica y carecían por completo de una vocación de expansión. En este sentido, es notable que, a diferencia de la naciente Fundación Euromex, el Centro Asturiano tiene un escaso o nulo poder de atracción para el resto de la comunidad y, en concreto, para los jóvenes o recién llegados. Durante el trabajo de campo más reciente –principios de 2013–, varios informantes afirmaron que este Centro actualmente ha desaparecido. Aunque no podemos

asegurar la veracidad de este dato al cien por cien, lo cierto es que el dato concuerda con el rastreo virtual que hemos realizado de sus últimas actividades, las cuales datan de 2010.

Aunque la asociación parece haber desaparecido, sus integrantes siguen manteniendo un espacio informal de reunión. Asimismo, la Fundación Euromex ha surgido a partir de una intensa dinámica social informal, con frecuentes reuniones de un grupo de españoles mucho más amplio y heterogéneo que el anterior. De este modo, nos encontramos ante una asociación con una clara vocación expansiva entre la comunidad

b) Existencia y frecuencia de lugares y tiempos de reunión de connacionales:

El grupo central de la comunidad, que está cuajando en la formación de la Fundación Euromex, es el que se encarga de convocar, a través de las redes sociales, a la gran comunidad española para llevar a cabo reuniones con cierta regularidad. Además, el núcleo de este grupo se reúne informalmente todas las semanas.

Si bien estas reuniones sirven de lugar de confluencia de los españoles en Monterrey de ocupación y estrato socioeconómico muy diverso, existen otros subgrupos, muy marcados por la coincidencia laboral y/o de status socioeconómico, que se reúnen aisladamente con bastante frecuencia. Así, durante el trabajo de campo se han detectado algunos de estos grupos, tales como el compuesto por españoles que se desempeñan como profesores universitarios o los españoles que tienen trabajos de baja cualificación.

22

c) Existencia de redes de ayuda que generan lazos de solidaridad intracomunitario:

Durante el trabajo de campo se ha detectado un alto grado de solidaridad intragrupal, tanto entre homólogos profesionales como entre españoles de dispar nivel socioeconómico. En este sentido, hemos sido informados de numerosos casos de apoyo informal como alojamiento del migrante recién llegado en la propia casa hasta que se pueda establecer, ayuda para el logro de un trabajo, ayuda para encontrar vivienda, apoyo económico en caso de necesidad... Además, estas ayudas informales pretenden ser formalizadas a través de la función de apoyo al migrante-compatriota que está contemplada entre las finalidades de la Fundación Euromex.

d) Grado de concentración de los lugares de residencia en el espacio urbano:

La elección de la ubicación de la vivienda está determinada, principalmente, por el lugar de trabajo. En consecuencia, la comunidad está tan dispersa en el ámbito residencial como heterogénea es su composición laboral, pudiendo encontrar españoles en cualquier municipio del área metropolitana. No obstante, hay cierto patrón en su distribución, marcado por las relaciones sociales consecuencia de compartir cierta área laboral. Así, por ejemplo, los de mayor nivel socioeconómico viven relativamente cerca entre sí, en el municipio de San Pedro y en San Jerónimo; por ejemplo, muchos ejecutivos de Cemex viven en San Pedro, cerca de las oficinas de la empresa. Por otra parte, un grupo de españoles con empleos de baja cualificación conviven en una misma colonia de Guadalupe; las religiosas viven juntas en Monterrey y los religiosos –Legionarios de Cristo– en un seminario en la Villa de Santiago; los sacerdotes con parroquia están, lógicamente dispersos, pues viven en la misma. Así pues, más allá de la dispersión general, hay una leve tendencia a la concentración, en función principalmente del factor laboral y/o socioeconómico.

e) Grado de concentración en torno a ámbitos profesionales y/o a lugares específicos de trabajo:

Como ya hemos señalado, es una tendencia muy marcada que los inmigrantes españoles se relacionen básicamente con sus compañeros de trabajo, pues con ellos comparten nacionalidad, cultura y profesión. A diferencia de las otras dos comunidades analizadas aquí, lo que caracteriza a las ocupaciones laborales propias de los españoles es su gran heterogeneidad. En este sentido, el que era cónsul de España durante el trabajo de campo identificaba a los siguientes grupos laborales: altos cargos y técnicos en grandes empresas, españolas o mexicanas, por ejemplo, Cemex contaba hasta veinte españoles con sus familias, viviendo aquí por tiempo indefinido; aunque también hay españoles enviados por multinacionales con una temporalidad bien definida, como en el caso de los japoneses; empresarios, tanto pequeños –dueños, por ejemplo, de restaurantes– como grandes empresarios; religiosos, tanto católicos como protestantes; algunos de estos en la ONG Remar); profesores universitarios en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, en la Universidad de Monterrey, en la Universidad Regiomontana, entre otras instituciones educativas; fun-

cionarios del Consulado y del Instituto de Comercio Exterior. Además de los señalados por el antiguo cónsul, durante el trabajo de campo también se pudo constatar la presencia de españoles trabajando en oficios de bajo cualificación: obreros, vendedores ambulantes, asadores de pollos, etcétera.

La comunidad china

a) Existencia de asociaciones o instituciones aglutinadoras de connacionales:

Dado que, como vamos a ver, la china se trata de una comunidad muy atomizada, tan atomizada que incluso podríamos llegar a cuestionar la existencia de una comunidad como tal; tampoco existe una cultura asociativa. De este modo, no existen en Monterrey asociaciones o instituciones que promuevan ni una imagen al exterior ni una dinamización interior. Sí existe una asociación con fines comerciales (América-Asia) y otra de una región conflictiva de la nación china (La Casa del Tíbet), pero en ninguna de las dos están implicados los miembros de la comunidad china, por lo que se escapa de nuestro interés.

b) Existencia y frecuencia de lugares y tiempos de reunión de connacionales:

24

Al igual que el resto de comunidades orientales, la orientación casi absoluta al trabajo no deja prácticamente ningún tiempo para desarrollar la sociabilidad entre connacionales. Así, reuniones entendidas como actividad de una comunidad no existen. Sólo se reúnen esporádica e informalmente pequeñísimos grupos, compañeros de trabajo y/o familiares, ya sea para salir a pasear o para celebrar festividades, propias de la sociedad de acogida como Navidad, o de la cultura de origen como el Año Nuevo Chino. Las pocas reuniones que se dan fuera del monopolizador tiempo laboral, generalmente se llevan a cabo en los mismos comercios y restaurantes donde trabajan, siendo totalmente infrecuente que ocupen espacios de ocio propios de la sociedad receptora.

c) Existencia de redes de ayuda que generan lazos de solidaridad intracomunitario:

El contacto entre compatriotas chinos es fundamentalmente familiar, por lo que las relaciones y redes de ayuda se ciñen a estrechos círculos delimitados por la familia, el trabajo y/o el parentesco; algunos trabajan y viven con com-

pañeros de trabajo, entre los que no existe ningún vínculo familiar. Rara vez se dan relaciones entre compatriotas chinos pertenecientes a círculos familiares y/o laborales diferentes, debido a los extensísimos horarios de trabajo que manejan. Una consecuencia directa de esta estructura relacional, principalmente familiar, es que las redes de ayuda aparecen mucho más limitadas, pues se ciñen al ámbito de la familia nuclear o, como mucho, hasta familiares más lejanos o a amigos de la familia. En este sentido, un informante clave, regiomontano descendiente de chinos y científico social, afirma que: “enfatan mucho el apoyo familiar [...] Sólo se ayudan en el seno familiar más íntimo. Es decir, que una familia nuclear constituye una unidad de producción autónoma, pudiendo llegar a contratar a algún compatriota ajeno a la familia, pero siempre en calidad de empleado o subordinado”.

d) Grado de concentración de los lugares de residencia en el espacio urbano:

Según nos explica una informante china, cuando sus compatriotas buscan una casa para residir, priorizan absolutamente la cercanía de su negocio sobre la búsqueda de compatriotas en el área. Dado que los inmigrantes chinos tienden a vivir cerca de sus lugares de trabajo, estando su casa cerca o bien incorporada al inmueble donde trabajan, la atomización social y laboral encuentra su expresión palpable en la dispersión territorial por todo el espacio urbano, pues, por ejemplo, sus restaurantes están tan diseminados como lo están los centros comerciales de la ciudad donde se ubican la mayor parte de éstos. La única área donde se ha detectado una levisima concentración residencial es el entorno de Colegio Civil con 5 de Mayo, donde existen varios comercios regentados o propiedad de chinos.

25

e) Grado de concentración en torno a ámbitos profesionales y/o a lugares específicos de trabajo:

Como ya hemos señalado, en la comunidad china encontramos la misma dedicación al trabajo que en la otra comunidad oriental analizada, dato importante porque este hecho va a condicionar de forma determinante la naturaleza de sus relaciones, así como encontramos también un alto grado de ensimismamiento. No obstante, se trata de una comunidad mucho más atomizada, sin contar con la protección de ninguna empresa o institución que los aglutine, como sucedía con los japoneses. La actividad económica hegemónica es la

restauración –restaurantes chinos–, tras lo que encontramos un grupo importante de comerciantes y un pequeñísimo grupo de profesores de chino.

Hallazgos: comparación de las tres comunidades analizadas

En el caso de la comunidad japonesa nos hemos encontrado con una composición laboral muy homogénea, siendo esta característica la que marca la pauta de sus dinámicas de sociabilidad. Por su parte, la comunidad española presenta un panorama mucho más heterogéneo en lo laboral y, aunque también hay un núcleo duro de la comunidad, otros corpúsculos giran en torno a ese núcleo, en ocasiones sin llegar a tocarse. Por último, la comunidad china se caracteriza por su fuerte atomización, siendo las unidades laborales y familiares el máximo grado de expansión que alcanza su sociabilidad.

26 Veamos de qué manera podemos relacionar los conceptos de *sociabilidad* y de *relaciones de poder*, explicados en la fundamentación teórica, con los hallazgos empíricos obtenidos para cada una de las comunidades de extranjeros analizadas. En el caso de la comunidad japonesa hemos encontrado que ciertos rasgos y expresiones culturales de profunda raigambre, tales como el valor de la dedicación al trabajo, la concepción fuertemente jerarquizada de las relaciones sociales o el concepto de lealtad extrema a la empresa donde se trabaja, tiene una importancia determinante en la forma que va a adquirir esta comunidad. Producto de estos elementos culturales surgen las prácticas paternalistas de las empresas japonesas ubicadas en Monterrey, lo que se traduce en un ejercicio del poder que se convierte en eje identitario y principal polo de atracción, pero también de repulsión y fuente de conflictos, por cuanto limitan las formas de sociabilidad espontáneas. Aunque hemos encontrado manifestaciones de sociabilidad que escapan a este control vertical –carnes asadas, organización de campeonatos deportivos, reuniones en un restaurant de comida japonesa...–, el poder ejercido verticalmente se convierte en el eje principal en torno al que se construye la comunidad; una comunidad sólida, pero fugaz por la temporalidad obligada a la que están sujetos la mayor parte de sus miembros. En definitiva, en el caso japonés percibimos ese impulso hacia la sociabilidad que encuentra algunos espacios informales, pero muy determinado por el ejercicio de poder institucionalizado que ejercen sus respectivas empresas.

En el caso español encontramos una comunidad mucho más libre y heterogénea. Reflejo directo de la heterogeneidad laboral y de un concepto cultu-

ral de la sociabilidad muy distinto al de las sociedades orientales que aquí estamos comparando, las relaciones entre inmigrantes españoles se muestran menos estructuradas y no tan condicionadas por el factor ocupacional. Aunque sí hay cierta tendencia al agrupamiento en grupos profesionales o, por lo menos, en grupos de status similar, esto no es, ni mucho menos, tan determinante como en el caso japonés. En lo que se refiere a las relaciones de poder y a los conflictos internos existentes, estos son más reticulados y no tan verticales e institucionales como en la comunidad japonesa. El hecho de que no se impongan las lealtades por medio de relaciones de dependencia laboral, hace que los miembros de la comunidad se muevan más libremente de grupo en grupo, siempre según sus intereses particulares, profesionales y/o afectivos.

Por último, la comunidad china muestra también un panorama muy diferente. Los tiempos y espacios de sociabilidad, entendida ésta –recordemos– como *socialización lúdica* (Simmel, 2003), en el caso chino prácticamente no existen. La cultura del trabajo y el valor del ahorro como prioridad máxima entre la migración china, unido a la desprotección institucional que caracteriza a esta inmigración, se traduce en una entrega total al propio negocio y una ausencia prácticamente absoluta de dedicación a la construcción de comunidad en el sentido que aquí le estamos dando. En cuanto a las relaciones de poder, éstas también son reticuladas, como en el caso español, pero en esta ocasión se articulan a partir de redes de ayuda familiar, sin trascender más allá de esta esfera de acción social. El hecho de que carezcan de consulado y de asociaciones que aglutinen a sus connacionales, unido a la clandestinidad en la que parece que vive un sector importante de esta migración, suponen también importantes obstáculos para la búsqueda de una comunidad. En este sentido, queda por averiguar si existen estructuras comunitarias más profundas y de difícil acceso para el investigador social, formadas básicamente por clanes, como hemos empezado a descubrir y mencionamos en otra parte (Doncel, 2013b).⁷

27

CONCLUSIONES: LA PROPUESTA DE ESCALA DE MEDICIÓN DE COHESIÓN GRUPAL

A partir de la consideración de ciertos criterios, hemos tratado de “medir” el grado de cohesión grupal de tres comunidades de extranjeros en Monterrey,

⁷ Dado que esta información se encuentra en un estado de la investigación previo a la verificación, hemos creído que sería prematuro el hecho de considerar este hallazgo aquí.

de lo que han resultado formas y grados de integración muy dispares. Fruto del análisis de cada uno de los indicadores para el caso de cada comunidad, debemos obtener ulteriormente un índice que nos permita objetivar la medición del grado de cohesión interna. De este modo, el máximo puntaje que una comunidad puede obtener es 20 –5 indicadores multiplicados por 4– y el mínimo posible es 0. Los valores que hemos asignado para cada uno de los indicadores son los que siguen:

a) *Existencia de asociaciones o instituciones aglutinadoras de connacionales*: inexistencia de asociaciones=0; asociaciones en proceso de gestación=1; existencia de asociaciones inactivas=2; existencia de asociaciones activas pero sin mucho poder de convocatoria=3; existencia de asociaciones activas que aglutinan a la mayor parte de la comunidad=4.

b) *Existencia y frecuencia de lugares y tiempos de reunión de connacionales*: inexistencia de reuniones entre connacionales=0; existencia de reuniones puntuales de pequeños grupos en espacios privados=1; existencia de reuniones puntuales de grandes grupos en espacios públicos=2; existencia de reuniones frecuentes de pequeños grupos en espacios privados=3; existencia de reuniones frecuentes de grandes grupos en espacios públicos=4.

c) *Existencia de redes de ayuda que generan lazos de solidaridad intracomunitario*: individualismo extremo=0; ayudas informales puntuales basadas en el conocimiento interpersonal=1; ayudas informales frecuentes basadas en el conocimiento interpersonal=2; ayudas puntuales mediatizadas por una asociación, empresa o institución religiosa no basadas en el conocimiento interpersonal=3; ayudas frecuentes mediatizadas por una asociación, empresa o institución religiosa no basadas en el conocimiento interpersonal=4.

d) *Grado de concentración de los lugares de residencia en el espacio urbano*: total dispersión espacial=0; ligera tendencia al agrupamiento=1; existencia de un foco residencial unido a la dispersión espacial del resto de connacionales=2; existencia de varios focos residenciales=3; total concentración residencial (gueto)=4.

e) *Grado de concentración en torno a ámbitos profesionales y/o a lugares específicos de trabajo*: total heterogeneidad ocupacional=0; existencia de un pequeño grupo ocupacional unido a la heterogeneidad laboral del resto de connacionales=1; existencia de varios grupos ocupacionales de status socioeconómico diverso=2; existencia de varios grupos ocupacionales de status socioeconómico similar=3; concentración ocupacional y de status de la gran mayoría de los connacionales=4.

En el cuadro 1 podemos apreciar los valores asignados a cada uno de los indicadores para cada comunidad analizada, esto en base a los datos recabados durante nuestro trabajo de campo y expuestos de manera aproximativa a lo largo de este artículo (y de manera pormenorizada en Doncel, 2013b).

CUADRO 1

PUNTAJES DE LAS TRES COMUNIDADES ANALIZADAS EN LA ESCALA DE COHESIÓN INTERNA

Indicadores	Comunidad japonesa	Comunidad española	Comunidad china
Asociaciones	3	3	0
Reuniones	3	3	1
Solidaridad	4	3	1
Concentración residencial	3	1	0
Homogeneidad profesional	4	0	3
Índice de cohesión	17	9	5

Fuente: elaboración propia.

En suma, lo que queremos subrayar aquí es que, dada la extrema complejidad del fenómeno analizado –complejidad dada por su elevado dinamismo, por su carácter multifactorial, por la magnitud y diversidad del universo de estudio, etcétera–, el carácter de nuestra propuesta es abierto. Sin lugar a dudas, quedan pendientes posteriores trabajos que consideren y analicen nuevas variables que podamos convertir en indicadores de nuestra escala, así como una revisión más exhaustiva de los indicadores identificados y utilizados aquí. En todo caso, creemos que con el trabajo hasta aquí realizado estamos en la mejor situación para dar el siguiente paso en nuestro proyecto: analizar las formas diferenciadas en las que las migraciones seleccionadas se relacionan con la sociedad de acogida. Además, creemos que estamos ofreciendo una herramienta conceptual que puede ser muy útil para cualquier estudio del fenómeno de la interculturalidad.

29

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict (2011), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: FCE.
- Aramburu, Mikel (2000), *Bajo el signo del gueto. Imágenes del “inmigrante” en Ciutat Vella*, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

- Barth, Fredrik (Comp.) (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México: FCE.
- Bauman, Zygmunt (2006), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid: Siglo XXI.
- Carron, Albert V., Laurence R. Brawley y W. Neil Widmeyer (1998), "The measurement of cohesiveness in sport groups", en Joan L. Duda (Ed.), *Advances in sport and exercise psychology measurement*, pp. 213-226, Morgantown, WV: Fitness Information Technology.
- Corraliza, José Antonio. (1996), "Procesos sociales y marcos físicos", en José F. Morales (Ed.), *Psicología social*, Madrid: McGraw Hill.
- Doncel, Juan Antonio (2011), *Extranjeros en Monterrey. Construcción de comunidades e identidades ciudadanas*, Monterrey, México: Conarte.
- Doncel, Juan Antonio (2013a), "Influence relating to the strategies of sociocultural adjustment of the cultural distance between the recipient society and emitter country of two foreign communities in Monterrey", en *European Scientific Journal*, núm. 2, junio, Islas Azores: Universidad de Las Azores.
- Doncel, Juan Antonio (2013b), *Análisis socio-antropológico de once migraciones internacionales en Monterrey y sus respectivos procesos de construcción de comunidad*, reporte de investigación inédito.
- Foucault, Michel (1997), *Un diálogo sobre el poder*, Madrid: Alianza Editorial.
- Heller, Agnes (2002), *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona: Península.
- Navas, María Soledad y Fernando Molero (1996), "El liderazgo", en José F. Morales (Ed.), *Psicología social*, Madrid: McGraw Hill.
- Park, Robert E. y Ernest W. Burgess (1967), *The city*, Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Rendfield, Robert (1971), *The little community and peasant society and culture*, Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Rodríguez, Ernesto y Salvador Cobo (2012), *Extranjeros residentes en México. Una aproximación cuantitativa con base en los registros administrativos del INM*. México: Centro de Estudios Migratorios, INM, Secretaría de Gobernación.
- Rosas, Carmen Cristina (2001), "Indicadores de cohesión grupal a considerar para su diagnóstico. Estudio de un caso", en *Acta Odontológica*, vol. 39, núm. 2, Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Sieglin, Veronika (2008), *Migración, interculturalidad y poder*, México: Plaza y Valdés.
- Simmel, Georg (2003), *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona: Gedisa.
- Tönnies, Ferdinand (1979), *Comunidad y asociación*, Barcelona: Península.
- Tshitshi, Kayamba (2011), "Madrid, ciudad para compartir. Inmigración y gobernanza en seis ciudades europeas", en *Cuadernos de la EPIC*, núm. 3, octubre, Madrid: Comunidad de Madrid - Consejería de Asuntos Sociales.
- Villoro, Luis (2003), *De la libertad a la comunidad*, México: FCE.
- Wacquant, Loic (2004), "Las dos caras del gueto. La construcción de un concepto sociológico", en *Renglones*, núm. 56, enero-abril, pp. 72-80, Guadalajara, México: Universidad Jesuita de Guadalajara.
- Watier, Patrick (2005), *Georg Simmel. Sociólogo*, Buenos Aires: Claves.
- Weber, Max (1969), *Economía y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económico.
- Wirth, Louis (1973), "The ghetto", en Louis Wirth, *On cities and social life*. Chicago, IL: University of Chicago Press.